

- Arturo Usualar Prieto -

C H U O G I L
Y LAS TEJEDORAS

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PR

Esta obra, con ciertas simplificaciones y bajo el título de CHUO GIL, fue estrenada en el Teatro los Caobos, de Caracas, el 1 de abril de 1959. Los papeles fueron interpretados por los siguientes actores: La Mocha: Juana Sujo; Lalla: Amalia Pérez Díaz; Livia: América Alonso; Bega: Hermelinda Alvarado; Juancho: Carlos Márquez; Anito el Pavoso: Guillermo Montiel. Mise-en-scene: Alberto de Paz y Mateos. Producción: Carlos Márquez.

EXPLICACION

La murmuración es una forma de creación humana. Los murmuradores crean sus personajes, sus mitos y sus héroes, de un modo que recuerda el de los antiguos poetas épicos. Con fragmentos de hechos, con intuiciones, con intenciones, con atisbos superficiales fabrican una especie de sobre-realidad que tiene todas las características de una creación del espíritu.

Los murmuradores están constantemente creando con los flacos elementos que le proporciona la realidad circundante. Esa creación poética y dramática llega a veces a sustituirse a la realidad y a tener la fuerza actuante de un mito. No fueron creados de un modo distinto los dioses y los héroes del hombre primitivo. La mitología griega es como una complicada murmuración ritual sobre la familia de Cronos.

Sobre los seres y los hechos entrevistados, como resultan en realidad todos los seres y los hechos que pretendemos conocer, la murmuración coloca otros hechos y otros seres revestidos de una fuerza y de un prestigio que la mera realidad nunca llega a tener. Esta es la verdadera creación poética de la murmuración. Los hechos banales se llenan de misterio y de significación, los seres más familiares revisten una especie de máscara trágica que les da otra personalidad sobrecogedora.

El mito creado por la murmuración, como todo mito, se emancipa pronto de sus creadores, adquiere una vida propia y reacciona a su vez, con su existencia, sobre los que lo crearon. De este modo el ser humano, el murmurador, llega a ser la víctima y el antagonista de su murmuración, su creación recae sobre él y cambia su realidad.

El don de crear mitos, que es uno de los más maravillosos dones del hombre, ha venido a refugiarse en la conversación de los murmuradores, en las cerradas casas de los pueblos pequeños. Al monótono mundo de lo visible ellos añaden un prodigioso y vario mundo mítico donde una sobre-realidad mágica se superpone sobre las cambiantes fisonomías de los seres ordinarios. Hora por hora crean, inventan o descubren perso-

PERSONAJES

por orden de aparición

Las voces.

MOCHA.—Criada. Mayor.

JUANCHO.—Mozo. Hijo de Lalla. Sobrino de Bega.

LIVIA.—Moza. Hija de Bega.

BEGA.—Señora. Mayor. Madre de Livia.

LALLA.—Señora. Mayor. Hermana de Bega y madre de Juanchito.

ANITO EL PAVOSO.—Hombre del pueblo. Maduro.

Hombres y mujeres del pueblo.

TIEMPO DE LA ACCION

Preludio: Fuera del tiempo.

Primer Tiempo: El anochecer del quinto día.

Segundo Tiempo: La mañana del primer día.

Tercer Tiempo: La tarde del primer día.

Cuarto Tiempo: La noche del segundo día.

Quinto Tiempo: La noche del tercer día.

Sexto Tiempo: La mañana del cuarto día.

Séptimo Tiempo: El anochecer del quinto día.

PRELUDIO

Se alza el telón sobre la escena a oscuras,
Las voces surgen en la oscuridad.

VOZ DE MUJER MADURA.—Esta no es sino una voz.

VOZ DE HOMBRE.—Esta no es sino una voz.

VOZ DE MUJER JOVEN.—Esta no es sino una voz.

(Después las tres voces se combinan al unísono en un coro, que debe recordar ciertas formas simples del canto llano eclesiástico.)

CORO DE VOCES: Estas no son sino unas voces. Voces que llaman. Voces que nombran. Voces que evocan. Voces que crean. Voces que al nombrar hacen de las gentes y de las cosas otras gentes y otras cosas. Cuando una voz dice «agua», crea el agua. Cuando una voz dice «te voy a matar», crea la muerte. Cuando una voz dice «no te quiero», crea la desesperanza.

De las palabras surgen nuevos seres, que ocupan el lugar de los seres que parecían existir antes de ellas. Héroes y villanos, monstruos y semidioses. Con el solo hablar creamos seres. Ya tú no serás tú, sino lo que yo o el otro hemos hecho de ti con nuestras palabras.

Con las palabras tejemos el destino. El nuestro y el de todos. Cada uno va diciendo, va hilando, va tejiendo, y así se crea la gran malla, la gran trama, de la que nuestras vidas ya no podrán escaparse.

VOZ DE MUJER JOVEN.—Esta no es sino una voz.

VOZ DE HOMBRE.—Esta no es sino una voz.

VOZ DE MUJER MADURA.—Esta no es sino una voz.

CORO DE VOCES: Estas no son sino voces que tejen el destino... *(Más bajo.)* Que tejen el destino... *(Más bajo.)* Que tejen el destino...

(Se extinguen las voces. Hay una pausa, hasta que se encienden las luces y comienza el Primer Tiempo.)

año, a la casa del velorio y preguntaré: «¿Quién se murió?», «¿Quién fue el que lo mató?». Y uno de ustedes será el muerto y otros de ustedes lo habrán matado. Y acaso yo misma tenga entonces miedo y comprenda que yo también lo maté y que empecé a matarlo hoy mismo, aquí... Pero esto empezó hace mucho tiempo. Hace, por lo menos, cinco días...

(Sopla y apaga la vela. Todo queda oscuro. Empiezan a reencenderse lentamente los rezos hasta que suben como un espeso rumor.)

SEGUNDO TIEMPO

La mañana del primer día. Entra Juancho. Avizora inquieto el espacio. Se acerca a la ventana de celosía y permanece por largo rato ávidamente observando hacia la calle.

(Entra Livia y lo mira con sorpresa. A poco él siente que lo observan y se vuelve.)

JUANCHO.—Me estás espiando.

LIVIA.—No te estoy espiando. Acabo de entrar aquí y te he encontrado.

JUANCHO.—Me venías siguiendo por la casa. Me has buscado. Has estado en mi cuarto, has estado en el cuarto de mamá y de mamá Bega, le has preguntado a las sirvientas, hasta que viniste a toparme aquí. Es como si te hubiera visto hacerlo. Te conozco como la palma de mi mano. No necesito verte para saber lo que estás haciendo.

LIVIA.—No es verdad. No te he estado buscando. Acabo de tropezar contigo por pura casualidad, Juancho. ¿Es que acaso he hecho mal en entrar a esta habitación? Ya sé lo que no te ha gustado. Te fastidia que te haya sorprendido fisgoneando por la celosía hacia la calle como una mujer. Viendo pasar la gente. Oyendo los retazos de conversación de los que pasan. Tratando de averiguar las vidas ajenas. Como hace Mamá Lalla, y la sirvienta y Anito el Pavoso.

JUANCHO.—Y tú, Livia, y también Mamá Bega, tu madre, que todo el día está averiguando las cosas ajenas y tiene una lengua que no le cabe en el cuerpo.

LIVIA.—Juancho, no hables así de mi madre.

JUANCHO.—Qué tiene ella de más que las otras para que no pueda nombrarla. No seas tonta, Livia, ya me tienes colmado con tus fastidios y tus tonterías, harto, ¿me oyes?, harto. Date cuenta de que un hombre no puede vivir encerrado entre cuatro paredes oyendo todo el día tonterías.

(Sale la Mocha con su escoba y se para al oír la conversación. Juancho interrumpe lo que decía.)

JUANCHO.—Me voy. *(Sale hacia la puerta.)*

LIVIA.—¿Vienes a almorzar?

JUANCHO.—*(Saliendo y antes de tirar estrepitosamente la puerta.)* No sé.

(Hay un momento de silencio.)

LIVIA.—*(Volviéndose hacia la criada.)* Ves, Mocha, se ha ido furioso. ¿Qué culpa tengo yo?

MOCHA.—Ninguna, niña, ninguna. Todos los novios pelean. Y la mitad del gusto de ser novios está en pelear para contentarse y volver a pelear para volver a contentarse. Ahora, más tarde, volverá hecho un caramelo, y le dirá cosas bonitas y le hará cariños.

LIVIA.—No se puede vivir así.

MOCHA.—Sí se puede, niña. Mientras sean novios viven así. La niña Rita y don Pablito tuvieron treinta años de amores. Yo los conocí mucho. Un día sí y un día no, peleaban, y un día sí y un día no, se contentaban. Eso no cambió nunca; no ve que no se casaron; él se iba poniendo viejo y ella se iba poniendo vieja. Pero el día del pleito era el día del pleito, y el día de contentarse era el día de contentarse. Así hasta que se murió don Pablito.

LIVIA.—Y si se hubieran casado hubieran seguido peleando.

MOCHA.—No, niña, no. Los casados pelean menos. Los que pelean son los que se quieren.

LIVIA.—Mocha, qué disparates dices.

(Volviéndose hacia la Mocha con súbita angustia.)

LIVIA.—Yo no quiero que Mamá Lalla se entere de nada de esto. Cuidado con decir nada, Mocha.

MOCHA.—Descuide, niña Livia. Yo no diré nada. Yo nunca digo nada. Veo mucho y sé mucho, pero nunca digo nada. Por eso he podido durar en esta casa tantos años. Si yo me hubiera puesto a contar todo lo que he visto y todo lo que sé,

me habría tenido que ir de aquí hace mucho tiempo. Yo no voy a decir nada de los amores escondidos de su primo y de usted. niña Livia, pero Misia lo va a saber...

LIVIA.—¿Cómo lo va a saber, si tú no se lo dices?

MOCHA.—Se lo están diciendo ustedes mismos todos los días con sus escondites, con sus miradas, con sus cuchicheos.

LIVIA.—¿Tú crees que ya lo sepa?

MOCHA.—Qué sé yo.

LIVIA.—Tú sabes y no me lo quieres decir.

MOCHA.—Yo no sé nada. Yo solamente miro.

LIVIA.—Si Mamá Lalla hubiera sabido algo, se habría puesto furiosa.

MOCHA.—Cuídense ustedes para que no se entere, pero va a ser difícil que no se entere.

LIVIA.—Descuida, Mocha, que ya no va a haber mucho que esconder.

MOCHA.—¿Qué quiere decir, niña?

LIVIA.—Nada, cosas que una dice sin pensar.

MOCHA.—Yo lo que le digo es que si Misia Lalla lo averigua, se va a poner furiosa. ¿Quién sabe lo que va a pasar?

LIVIA.—Yo sé que no le gustaría que Juancho se enamore de mí. Soy muy poca cosa para el hijo de ella.

MOCHA.—Quién sabe, niña... A Misia Lalla no le gustan los enamorados. Los huele desde lejos, como los perros huelen a los venados, y se eriza y se le ponen los ojos malos.

LIVIA.—¿Y por qué? ¿No fue ella joven también? ¿No se enamoró nunca? ¿No se casó con mi tío?

MOCHA.—Psst. (*Hace gesto de detenerla con la mano.*) No diga nada de eso, que puede oírnos. Tenga mucho cuidado. Tenga mucho cuidado con todo eso.

(*Se mete Livia, con disgusto, al interior.*)

MOCHA.—(*Barriendo y limpiando.*) Estos novios pelean más que todos los que he visto. Pelean y se apurruñan con demasiada brusquedad. Como los gatos. Como los amores de los gatos en los tejados de la noche. Maullidos, carreras, sofocones. Un sobresalto que no deja dormir. Como si estrangularan a alguien. Misia Lalla va a descubrirlo, y va a temblar la tierra, y lo vamos a pagar todos, Juancho y Livia, y Misia Bega y yo. Y hasta la misma Misia Lalla. Porque cuando la

desgracia entra en una casa nada queda en su puesto y nadie se salva. Ave María Purísima.

(*Tocan discretamente en la celosía. La Mocha no parece oír. Tocan más fuerte y la Mocha pregunta.*)

MOCHA.—¿Quién es?

VOZ DE AFUERA.—Soy yo.

MOCHA.—¿Tú? Vete, que aquí no quieren que entres.

VOZ.—Déjame entrar, Mocha, que traigo noticias muy importantes.

MOCHA.—Qué noticias vas a traer tú. Siempre traes las mismas, y después van y me regañan a mí. Vete.

VOZ.—Tengo noticias que cuando Misia Lalla se entere de que no me has dejado decírselas te va a sacar los ojos.

MOCHA.—Vete, embustero.

VOZ.—Mocha, mira que tengo noticias.

(*Aparece Bega.*)

BEGA.—¿Qué pasa, Mocha?

MOCHA.—Que allí está Anito el Pavoso, empeñado en que lo deje entrar, y después entra y se quiebra un plato o se derrama la sopa o se escapa el canario, y Misia Lalla va a pagarla conmigo, porque dirá que yo tengo la culpa de dejarlo entrar.

ANITO.—(*Desde afuera.*) ¿Es Misia Bega? Misia Bega, déjeme entrar. Traigo noticias increíbles. Misia Lalla, su hermana, las querrá saber. Déjeme entrar, Misia Bega, que no tengo tiempo.

(*Bega y la Mocha se miran perplejas, sin saber qué decidir. Aparece Livia.*)

LIVIA.—¿Qué pasa?

LA VOZ.—Misia Bega, le va a pesar cuando Misia Lalla se entere de que no me dejaron decirle una cosa tan importante.

LIVIA.—No le dejen entrar. Donde quiera que entra pasa algo malo. No lo dejen entrar. Ya el día de hoy no ha empezado bien.

BEGA.—¿Y si Lalla se molesta porque no lo dejamos entrar?

MOCHA.—¿Y si lo dejamos entrar y pasa algo malo?

LIVIA.—(*Hablando hacia la celosía.*) Anito, no podemos dejarlo entrar ahora. Díganos por la celosía lo que quiere.

ANITO.—(*Con ira.*) No digo nada. No me da la gana. Yo sé por qué no me quieren dejar entrar, yo lo sé, y me la van a pagar. Yo no soy pavoso, eso es mentira. Pavoso era el

difunto de Misia Bega, que echaba mala sombra en todas partes. Pavosa es Misia Bega, que ha vivido arrimada toda su vida y todo le sale mal. Pavosa es la Mocha, que malparió todas las veces... y que nunca ha podido echar una gallina porque se le viran los huevos. Pavoso...

(*Entra Misia Lalla.*)

LIVIA.—(*Con angustia.*) Cállate, Anito, que aquí está Mamá Lalla.

ANITO.—(*Con más fuerza.*) Misia Lalla, déjeme entrar, que le traigo una noticia increíble. Por vida suya, Misia Lalla.

(*Todos permanecen un momento en silencio.*)

LALLA.—(*A la Mocha.*) Abra la puerta, Mocha.

MOCHA.—(*Con duda.*) ¿A Anito el Pavoso, Misia Lalla?

LALLA.—Sí, ábrasela.

MOCHA.—(*Con angustia.*) ¿A Anito, Misia Bega?

LALLA.—Abrale la puerta, Mocha.

(*La Mocha abre la puerta con trabajo, separando la tranca y dejando rechinar los goznes. Entra Anito.*)

ANITO.—Gracias, Misia Lalla, es usted la única persona que me aprecia en esta casa. Ojalá pudiera yo de verdad dar mala sombra para dársela a todos los que me quieren mal.

LALLA.—¿Qué es lo que traes, Anito? Habla.

(*Anito mira a los otros con hostilidad y calla.*)

LALLA.—No seas tonto. Habla de todos modos.

ANITO.—(*Con condescendencia.*) Bueno. Si usted lo quiere, hablaré delante de ellas.

(*Pausa.*)

ANITO.—Ha llegado gente a la Gilera.

(*Espera satisfecho el efecto de sus palabras.*)

BEGA.—Dios mío, a la Gilera. Gente en la Gilera.

MOCHA.—Si esa casa está cerrada desde antes de la peste. El último que allí quedó fue Boca de Sapo, el que la cuidaba, y se murió solo dentro de la casa. Y por los zamuros la gente vino a descubrirlo como diez días después. ¿Se acuerda, Misia Lalla? No se aguantaba el hedor.

ANITO.—Llegaron a la Gilera un señor y una señora.

LALLA.—¿Quiénes son?

ANITO.—Un señor maduro, fuerte, que parece un americano.

LIVIA.—¿Y la mujer?

ANITO.—La mujer es joven y muy linda. Tiene el pelo rubio

como una cocuiza y los ojos como dos cuentas de rosario de vidrio, azulitos.

MOCHA.—¿Cómo la pudiste ver con tantos detalles, Anito? (*Anito no le responde.*)

LALLA.—¿No sabes quiénes son?

ANITO.—Todavía no lo he podido saber, pero lo voy a averiguar pronto.

LALLA.—Averígualo y avísame.

ANITO.—(*Con rencor.*) Pero cuando lo sepa no se lo voy a decir sino a usted, Misia Lalla, a usted sola.

MOCHA.—(*Acompaña a Anito hasta la puerta.*) Déjate de repugnancias, Anito.

(*Sale Anito. Se sienta Misia Lalla, luego Misia Bega, después Livia. La Mocha se queda en pie, simulando que limpia. Todas quedan en tenso silencio.*)

MOCHA.—La Gilera ha sido siempre una casa de mala suerte. Todos los que en ella han vivido han terminado en desgracia. ¿Se acuerda de la niña Luz? El día antes de casarse la encontraron muerta. Estaba la cocina llena de pasteles, caramelos y tortas. Toda la noche estuvieron batiendo los caramelos y las sangrías. La cola del vestido llegaba a media cuadra. Y van y encuentran a la niña Luz muerta, por la mañana.

LALLA.—Cállate, Mocha.

MOCHA.—Está bien, me callaré. Los pobres no podemos decir nada.

BEGA.—La mala sombra no era de la casa, Lalla; la mala sombra era de los Gil. Todos tuvieron historias feas y todos terminaron mal. Don Ataurico Gil dejó morir de mengua a un hijo en el último cuarto, porque le había faltado. Y acuérdate de Juan Pedro, y de Víctor José, y de Pedro Mártir.

LALLA.—Pedro Mártir deshonoró a su sobrina. La recogió de niña cuando quedó huérfana, la encerró en la casa y abusó de ella.

BEGA.—Dicen que se casó con ella, Lalla.

LALLA.—No es verdad, no tenía dispensa; la tuvo de manceba y podía ser su padre.

MOCHA.—No tuvieron hijos. Estaban malditos. Del primer parto nacieron murciélagos; del segundo, una danta con tres patas; del tercero, un cochino sin ojos. Todos los enterraron en el solar.

LIVIA.—¡Qué horror, Mocha! ¿Cómo pueden pasar esas cosas?

MOCHA.—Esas cosas las traen los sacrilegios y los crímenes contra la sangre. Yo he visto...

LALLA.—Cállate, Mocha, te digo.

LIVIA.—Desde que yo me conozco no he visto a nadie vivir en esa casa, siempre ha estado cerrada, con aquella enorme puerta de clavos que nadie se atreve a abrir.

BEGA.—¿Quién podría ser el que regresó a la Gilera? Ya no debe quedar ninguno de los Gil. ¿Será...?

(*Todas la miran con temor.*)

LALLA. (*Con dureza.*) Acaba de decirlo: Chúo Gil. ¿No era ése el que ibas a nombrar?

BEGA.—(*Compungida.*) Perdóname.

LALLA.—¿Por qué no se puede nombrar a Chúo Gil? ¿Por qué no pueden nombrarlo? ¿Es que acaso no se le puede nombrar delante de mí?

(*Todas callan temerosas.*)

LALLA.—Digo que se puede hablar aquí de ese mal hombre. Que se debe hablar.

(*Todas callan.*)

LALLA.—Habla tú, Bega.

BEGA.—Yo lo conocí muy poco, Lalla, tú lo sabes. Y hace tantos años que no lo veo, más de veinte años que se fue del pueblo, tal vez treinta. Era un hombre malo y medio loco. Se creía superior a todos los demás. No le gustaban sino los extranjeros. ¿Te acuerdas que siempre andaba metido en el monte con unos ingenieros extranjeros?

LALLA.—Me acuerdo. Decía que había encontrado una mina y que iba a ser el hombre más rico del pueblo, el hombre más rico del país, un hombre rico de verdad en cualquier parte del mundo. ¡Insensato!

MOCHA.—Lo que buscaba era un entierro. Era espiritista.

LALLA.—Cállate, Mocha.

MOCHA.—Me callaré, pero era espiritista. Yo lo sé. De noche se encerraba en la casa con otros iguales a él y llamaba a los espíritus de los muertos para preguntarles las cosas que no se deben preguntar. Cuando una pasaba tarde oía quejidos por las rendijas de las puertas. Dicen que una noche se les apareció el diablo.

LIVIA.—¡El diablo, santo Dios!

LALLA.—Cállate, Mocha, o te vas para dentro.

MOCHA.—Me callaré, Misia Lalla, pero yo preferiría que no hubiera vuelto nadie a la Gilera, y que si alguien ha vuelto no sea Chúo Gil.

LALLA.—Si es él, que ha vuelto después de tantos años, es porque viene buscando algo. Viene a quitarle algo a alguien. Viene para algo malo.

BEGA.—Yo no puedo creer que sea él. Ya hasta se habrá muerto. Sin embargo, si no es él, ¿quién se habría atrevido a llegar a esa casa?

(*La Mocha se ha acercado a la celosía y avizora la calle.*)

MOCHA.—(*Casi a gritos.*) Allí están. Allí vienen.

(*Todas se acercan a la ventana. Lalla se asoma en primer término.*)

LALLA.—No hay nadie en la calle. ¿Qué has visto?

(*Bega se asoma a su vez.*)

BEGA.—Nada, la calle está tan sola como siempre. No se ve sino la sombra del campanario acostada sobre la casa amarilla. Deben ser las once.

MOCHA.—(*Confundida.*) Los vi. Pueden crérmelo. Era un hombre alto, fuerte, vestido de kaki amarillo, y una mujer rubia con un traje blanco. Se asomaron a la puerta. Se habrán vuelto a meter para dentro. Yo los vi.

(*La Mocha vuelve a la celosía y todas regresan a sus puestos. De pronto nuevas voces altas de la Mocha.*)

MOCHA.—Corran, corran, vean. Digan ahora que es mentira lo que he visto. El niño Juancho se acerca a la casa! Corran! El niño Juancho se para en la puerta y mira hacia adentro. Vengan ligero. El niño Juancho se metió para adentro.

(*Livia corre con ímpetu a mirar.*)

LIVIA.—¿Juancho, dices? ¿Juancho entró a la Gilera?

(*Trata de ver con avidez.*)

LIVIA.—(*Con disgusto.*) No hay nadie en la calle. ¿Lo viste de verdad, Mocha?

MOCHA.—Lo vi, niña, se lo puedo jurar.

LIVIA.—(*Volviéndose hacia las otras.*) ¿Qué iría a hacer allí? ¿Tú lo viste, Mocha?

LALLA.—(*Con dureza.*) Niña, no me gustan esas cosas. Si Juancho ha entrado en esa casa es porque tenía que hacer algo

en ella, o porque le dio la gana. ¿Qué tienes tú que ver con eso, Livia? No eres la novia, ni la mujer de mi hijo, gracias a Dios, ni yo he de permitirlo. ¿Has visto esa manera de comportarse, Bega? ¿Qué dices tú?

BEGA.—(*Timidamente.*) Son cosas de niña, Lalla. Si fuéramos a darle importancia a esas tonterías nos volveríamos locas. (*A Livia.*) Haces muy mal en ponerte así, Livia. ¿Qué podrá pensar tu tía?

LALLA.—Lo que yo pueda pensar no importa. Lo que importa y quiero decirlo otra vez para que todos lo oigan y lo sepan es esto. Oyelo bien, Bega. Oyelo bien. Livia. No quiero nada de amorcitos de Juancho con Livia. Se empieza con juegos y se termina en matrimonio. Quiero para mi hijo otra cosa que casarlo con mi sobrina recogida. Ocupate tú de eso, Bega, y págame siquiera así el bien que te hago. Cuando tu marido te abandonó con tu hija, yo te recogí en mi casa. Hace años y nunca he dicho nada. Pero que ahora te las vayas a arreglar para casar a mi hijo con tu hija, eso no.

BEGA.—Lalla, qué cosas dices. ¿Cómo puedes imaginar eso?

LALLA.—No imagino nada. Veo y oigo. Si tú ni ves ni oyes, allá tú.

(*Livia rompe a llorar y se va corriendo hacia adentro.*)

LALLA.—¿Lo ves ahora, si no lo has visto antes? ¿Lo ves claro? Esto no lo voy a tolerar. No voy a permitir que este niño que está empezando a vivir se vaya a casar con tu hija y se malogre. Si es así como me vas a pagar el bien que te hago, no te lo seguiré haciendo.

BEGA.—Dios mío, ¿qué va a ser de nosotras?

LALLA.—Nada más que lo que se han buscado. No te creía tan desfachatada. Quiero que mi hijo sea un hombre, quiero que viva, quiero que cuando llegue el día se case bien, que haga el mejor matrimonio del pueblo, con la niña más rica y linda del pueblo.

BEGA.—Tienes razón, Lalla, tienes toda la razón, no te preocupes. Yo...

LALLA.—¿Que no me preocupe? Me preocupo, y tan me preocupo que voy a terminar esto ya. Oyelo, Bega: si vuelvo a sorprender algo entre mi hijo y tu hija, saldrán inmediatamente de esta casa.

BEGA.—Lalla, no digas eso.

LALLA.—Lo digo y lo haré. (*Dirigiéndose a la Mocha.*) Oiga usted, Mocha, si ve algo entre esos niños y no me lo dice, la echaré también y se irá a morir de hambre a su cueva. No lo olvide. Y avíseme cuando llegue Juancho, que tengo que hablarle.

TERCER TIEMPO

La tarde del primer día. Se oye desde la celosía un tocar de nudos y la voz apresurada de Anito el Pavoso, que llama.

ANITO.—Epa... Epa... Misia Lalla... Soy yo... Misia Lalla... Soy yo... Traigo noticias.

(*Se asoma la Mocha. Lo oye sin contestar.*)

ANITO.—Epa... Soy yo... Misia Lalla... Misia Lalla... Abra-me pronto, que me tengo que ir.

(*La Mocha permanece indecisa, sin contestar. Asoma Misia Bega.*)

BEGA.—¿Qué pasa? ¿Quién está llamando?

(*La Mocha señala hacia la ventana y dice en voz baja y temerosa.*)

MOCHA.—Es Anito el Pavoso, allí está otra vez llamando. No le quiero abrir, Misia Bega. Lo dejamos entrar esta mañana y mire usted cómo se pusieron las cosas. Trae la mala sombra.

BEGA.—Es cierto, Mocha. Vino esta mañana y todo se echó a perder. ¿Viste cómo se puso Lalla? ¡Santo Dios!

ANITO.—Misia Lalla... (*Alzando la voz.*) Misia Lalla... Hágame abrir, que le traigo noticias.

(*Asoma Misia Lalla.*)

LALLA.—¿Por qué no le abren a ese hombre? Hace rato que le oigo llamando. Están ustedes sordas.

MOCHA.—(*En voz baja.*) Ojalá... Más valiera estar sordas y estar ciegas que oír y ver a ese hombre de mala sombra. (*Alzando la voz.*) ¿Va usted a dejar entrar otra vez a Anito el Pavoso?

LALLA.—Abrele, mujer, no seas majadera.

(*La Mocha abre la puerta. Entra con aire molesto y huraño Anito. Mira de reajo a Bega y la Mocha. Aparece Livia.*)

ANITO.—Misia Lalla, ya se lo he dicho, no quiero hablar delante de estas gentes que no me quieren.

LALLA.—(*Autoritaria.*) Déjate de tonterías, Anito, y suelta lo que tienes que decir.

(*Anito vuelve a mirar de reojo a las otras y habla en voz baja, dirigiéndose a Lalla.*)

ANITO.—Ya sé quiénes fueron los que llegaron a la Gilera.

LALLA.—¿Quiénes son, Anito?

ANITO.—Es Chúo Gil.

LALLA.—¿Chúo Gil?

BEGA.—No puede ser.

MOCHA.—Chúo Gil se fue del pueblo el año en que a mí me dieron las paperas. Se me puso el pescuezo ancho como pescuezo de danta. Y mi mamá decía que nadie supo cuándo se fue, sino que la casa apareció cerrada y más nadie la volvió a abrir. Mi mamá me dijo una vez que se lo había llevado el diablo, Ave María Purísima.

LALLA.—¿Cómo sabes, Anito, que es Chúo Gil, si tú no lo conoces? Hace más de veinte años que desapareció del pueblo.

ANITO.—Es Chúo Gil, Misia Lalla. Don Andrés, el boticario, lo reconoció.

LIVIA.—(*Con timidez.*) ¿Y quién es la mujer que lo acompaña?

ANITO.—¿Quién va a ser? Su mujer. El se ve viejo, pero templado, y ella es muy joven.

LALLA.—¿No has podido averiguar cómo se llama ella?

ANITO.—No, todavía, pero lo voy a saber y se lo vendré a decir tan pronto lo sepa. Adiós, Misia Lalla.

LALLA.—Adiós, Anito.

(*Sale Anito. La Mocha cierra. Las mujeres se ponen a tejer amplias telas o redes burdas.*)

LALLA.—Después de tanto tiempo, ¿qué vendrá a buscar en el pueblo Chúo Gil?

BEGA.—Nada bueno, Lalla, nunca hizo nada bueno en su vida. Nada bueno vendrá a hacer ahora.

MOCHA.—Ese ha venido a sacar el entierro que hay en la casa. Yo he oído contar mucho del entierro de la Gilera. De noche se oyen gritos de dolor y se ve el ánima en pena de don José Victorio, que era avaro y murió sin confesión. Mi

madrina me lo contó. Mi madrina, que sirvió en la Gilera hace muchos años y se tuvo que ir porque no aguantaba el miedo de aquellos espantos.

LIVIA.—¿Quién era don José Victorio?

MOCHA.—Un hombre muy malo, uno de los más malos que vivió en la Gilera.

BEGA.—¿Qué vendrá a hacer Chúo Gil ahora? Mas nadie ha sabido de él en tantos años, que es difícil comprender por qué ha vuelto a un pueblo donde ya no le queda nada, sino ese caserón en ruinas. Donde ya casi no le conoce nadie. Debía vivir desde hace mucho tiempo en el extranjero. En Nueva York, o más lejos todavía, en Chicago, o allá de donde a veces vienen unas cartas arrugadas con un rey con corona en la estampilla. ¿Cómo se llama eso, Lalla?

LALLA.—Liverpool, Bega.

MOCHA.—Dígame Liverpool. Todas esas son tierras de herejes; ningún cristiano tiene que ir a buscar nada allí.

BEGA.—El tenía buenas relaciones con comerciantes extranjeros. Decían que había encontrado una mina y la quería vender.

MOCHA.—Una mina no, un entierro.

LALLA.—Si es Chúo Gil, debe ser viejo. Debe tener tu edad, Bega.

BEGA.—No soy tan vieja, Lalla. Soy menos vieja que tú.

LALLA.—Pero tampoco eres joven. Chúo Gil era de tu edad. Ya estaría muy viejo para casarse con una mujer joven.

BEGA.—Se necesita poca vergüenza para que una mujer joven y bonita se case con un viejo.

LALLA.—¿Qué edad tenías tú cuando te casaste?

BEGA.—(*Suspirando.*) Dieciséis, y ya me parecía que me iba a quedar para vestir santos. ¡Qué estúpida es una cuando niña!

LALLA.—¿Y qué edad tenía tu marido?

BEGA.—Debía tener más de cuarenta. Era todo un hombre. ¡Qué bigotes más bellos y cuidados!

LALLA.—¿Ves cómo tú también te casaste con un viejo y no te pareció que tenías poca vergüenza?

BEGA.—No era un viejo, era un hombre de experiencia, que es otra cosa.

LALLA.—Chúo Gil debe tener cerca de sesenta; era menor

que Totoño, y Totoño murió hace más de veinticinco años y no era joven.

MOCHA.—Mientras más viejos, más jóvenes les gustan. Don Ramón Nonato se sacaba muchachitas de las haciendas hasta antes de morirse, cuando estaba mascando el agua.

BEGA.—Mocha, no hables de esas cosas delante de Livia.

MOCHA.—¿Y usted cree que ella no sabe?

LALLA.—Cállate, Mocha.

LIVIA.—Si quiere me retiro, Mamá Lalla.

LALLA.—No, quédate. No eres tú la que estorbas.

MOCHA.—Los hombres que viven en el extranjero se conservan más. Se les pone la piel prensada y colorada como una manzana. Dicen que es el frío el que hace bien.

BEGA.—¿Habrá tenido la desvergüenza de casarse con una mujer joven, haciéndole creer que no es viejo?

LIVIA.—Sería tonta esa mujer para dejarse engañar así.

LALLA.—Todas las jóvenes son tontas.

MOCHA.—Y las extranjeras creen que aquí todo es oro y que todos somos ricos.

LIVIA.—Qué sabes tú.

MOCHA.—Sí lo sé. María la italiana me contaba que en su tierra decían que aquí un peón ganaba más que un caporal allá, y un caporal de aquí más que un maestro de allá, y un maestro de aquí más que un dueño de allá, y un dueño de aquí más que un general de allá, y un general de aquí...

LALLA.—No sigas, Mocha, que nos vas a marear con tu cháchara.

MOCHA.—Me callaré, pero es verdad que los extranjeros nos creen muy ricos y son muy tontos, y por eso es fácil engatusarlos.

LALLA.—Parece mentira, pero yo sabía que iba a regresar tarde o temprano.

BEGA.—¿Pero regresar ahora viejo y casado con una extranjera?

LALLA.—¿Y si no es su mujer?

LIVIA.—¿Qué quieres decir, Mamá Lalla?

BEGA.—Si no es su mujer, ¿qué va a ser?

LALLA.—Puede ser su querida. Es su querida. ¿Te acuerdas, Bega?

BEGA.—¿De qué, Lalla?

LALLA.—Chúo Gil no era un hombre para casarse.

BEGA.—Verdad es.

MOCHA.—Creía que un hombre no debía amarrarse a una sola mujer, sino estar como el gallo en el corral, dueño de todas las gallinas.

LALLA.—Esta es la última y la peor afrenta que podía hacer ese loco, venir al pueblo con una bandida. Si aquí hubiera dignidad no se hubiera atrevido a venir. Si hubiera dignidad deberíamos echarlos inmediatamente.

BEGA.—¡Lalla!

LALLA.—Pero no pasará nada. No tenemos dignidad y por eso nos pisotean. Se establecerá con su manceba, hará alarde de mostrarse con ella en todas partes, y si tiene dinero, la gente empezará a saludarlos, a buscarlos y a mezclarse con ellos. Muy pronto esa barragana, que sale de Dios sabe dónde, estará más considerada en el pueblo que ninguna señora.

BEGA.—La harán regalos y convites. Yo no dudo nada.

LIVIA.—¿Se atreverán a tanto?

LALLA.—Se atreverán a todo: llenarán la casa de adornos y de fiestas, y las niñas empezarán a vestirse como ella.

BEGA.—Mi hija, no. ¿Verdad, Livia, que tú no?

LIVIA.—No, mamá.

LALLA.—Y los hombres se meterán en la casa, abandonando sus mujeres, para buscar una sonrisa de esa aventurera.

MOCHA.—Para empezar, ya el niño Juancho se metió.

LALLA.—¿De dónde has inventado eso?

MOCHA.—Ya le dije esta mañana que lo había visto entrar en la Gilera.

LIVIA.—Pero más nadie lo vio.

MOCHA.—Pero yo lo vi, y es verdad.

BEGA.—¿Será posible? Qué peligro tan grande.

LALLA.—Mi hijo es un hombre como los demás y puede entrar en donde quiera, y no hay peligro para él. Si hay peligro para alguien, será para ese viejo de Chúo Gil.

LIVIA.—¿Qué quieres decir, Mamá Lalla? ¿Crees que Juancho se haya enamorado de esa extranjera? ¿No te da miedo de lo que esa mujer le puede hacer?

LALLA.—A mí no me da miedo, y mucho menos por mi hijo, que es un hombre y sabe lo que hace. ¿Por qué te da miedo a ti? ¿Qué temes?

LIVIA.—A mí no me importa, Mamá Lalla. Es mi primo y es natural que me preocupe por él. Nada más.

LALLA.—Ojalá sea cierto que es eso y nada más.

BEGA.—La mujer joven con el hombre viejo es una gran tentación.

LALLA.—¿Y tú crees que Chúo Gil no lo sabe? ¿Y tú crees que Chúo Gil no ha arreglado las cosas para traer y aprovechar esa tentación? Ha traído esa mujer para conseguir algo.

BEGA.—¿Crees que la ha traído para que los hombres se enamoren de ella? No puede ser tan sucio.

LALLA.—La ha traído para algo. Necesita algunas ayudas, algunos favores, y trae esa mujer para conseguirlos. Ese ha estado durante años preparando este golpe.

BEGA.—Este va a ser el escándalo más grande del pueblo.

MOCHA.—El escándalo más grande fue cuando Robertico el seminarista ahorcó los hábitos y se sacó la hija de don Natalio y Misia Carmen, ¿se acuerda, Misia Bega?

BEGA.—Sí me acuerdo, mujer, pero esto es peor. Aquello no le hizo mal sino a una familia, mientras que esto va a hacerle mal a todo el pueblo. Cuántos hombres se van a perder por la culpa de estos malvados.

(La Mocha se acerca a la celosía.)

LALLA.—Si lo que necesita son las tierras de los Charas, buscará a los Charas. Los pondrá a rivalizar los unos con los otros, para conseguir más del que dé más. Si lo que necesita es dinero, invitará a don Gregorio y lo dejará solo con la mujer, y don Gregorio, que es tan duro, se va a poner blandito.

BEGA.—Y hasta le ofrecerán asociarlo, para que así tenga los dos intereses: el de la mujer y el del dinero.

LALLA.—Y si necesitan apoyo de la autoridad, empezarán las carantoñas con el gobernador.

BEGA.—Tienes razón, Lalla, ahora lo veo claro. Ese es un plan diabólico que no se le podía ocurrir sino a un hombre tan malo como Chúo Gil.

LIVIA.—Y ¿a Juancho para qué lo quieren? ¿Qué le van a sacar a Juancho? Si no tienen nada que quitarle.

LALLA.—*(Con ira.)* No es mal parecido mi hijo. ¿O te parece a ti que lo es?

LIVIA.—No es por eso que lo digo, Mamá Lalla; lo digo por decir algo.

LALLA.—Pues no digas tonterías, que no sabes por dónde pueden reventar. Mi hijo es un hombre joven, está empezando a vivir y le conviene sacudirse. Hacerse al mundo, a las mujeres y a las luchas. Tiempo tendrá después para asentarse y casarse con la mujer que le convenga. Ahora no. Ahora está en el tiempo de aprovechar y gozar.

MOCHA.—*(Que ha vuelto a la celosía.)* Está como el gallo en el corral de las gallinas. Esa es la bendición de los hombres y el orgullo de las madres de varones. Las que tienen sus gallinas, que las recojan y escondan antes de que sea tarde.

LALLA.—Todo el pueblo es patio para él, y no soy yo quien le va a amarrar una pata a una estaca.

BEGA.—Así son los hombres, Lalla, y eso es lo primero que deberíamos aprender las mujeres.

MOCHA.—Yo lo ví entrar esta mañana en la Gilera. Iba caminando con el pecho sacado como un sabanero de los toros del viento. Hubiera dado lo que no tengo por ver por un agujerito la cara que pondría la mujer ésa cuando lo vio.

LIVIA.—Esas mujeres no andan buscando los hombres que son como Juancho.

LALLA.—No necesitan andarlos buscando; los hombres como Juancho se presentan y desbaratan los planes de los otros.

BEGA.—Si le va a desbaratar los planes, no le va a gustar mucho a Chúo Gil. No ha traído esa mujer desde tan lejos para echársela a Juancho, a quien no le va a sacar nada.

LALLA.—Pues le desbaratará los planes a Chúo Gil; la mujer se enamorará de Juancho y no querrá ver a nadie más.

LIVIA.—Pero, Mamá Lalla, ¿no le da a usted horror que le pueda pasar eso a su hijo?

BEGA.—Cualquiera creería que quieres que se pierda con esa mujer. ¿Te das cuenta de todo lo que puede pasar?

LIVIA.—No debería usted desear eso, Mamá Lalla. Dios la puede castigar.

LALLA.—Cállate. ¿Quién eres tú para opinar sobre mi hijo o sobre lo que yo diga? Mi hijo no se va a perder ni por ésa ni por ninguna mujer. Es hombre sobrado para zafarse sin peligro. Los que se pierden son otros, los tontos, los blandos, los que se casan con la leche en los labios, con una prima

recogida dentro de una casa, sin ver el mundo, los que se dejan dominar por las mujeres. Juancho es altanero y libre y tiene la mano dura. ¿Sabes lo que va a hacer Juancho?

LIVIA.—(*Temerosa.*) No, Mamá Lalla.

BEGA.—(*Intercediendo.*) No te violentes, Lalla.

LALLA.—No me violento. ¿Sabes lo que va a hacer Juancho con esa mujer? Se la va a quitar a Chúo Gil.

BEGA.—¿Te parece bueno que todo el pueblo lo vea con esa extranjera, sirviendo de escándalo?

LALLA.—Me parece bueno.

BEGA.—No parecen cosas tuyas, Lalla. ¿Cómo puedes decir semejante horror?

LALLA.—Lo digo, y no es horror. Esa mujer se enamorará de Juancho.

BEGA.—Y perderás a tu hijo.

LALLA.—No lo perderé; la que se perderá será ella. O mejor, serán ella y Chúo Gil.

BEGA.—¿Por qué?

LALLA.—Porque la mujer se enamorará de Juancho, y Chúo Gil no podrá realizar sus planes.

LIVIA.—Se va a perder él. Eso es lo que va a ocurrir. Se va a perder y es usted la primera que lo va a perder, Mamá Lalla.

(*Se oye ruido en la ventana. Se acerca la Mocha.*)

MOCHA.—Es Anito.

LALLA.—¿Qué traes, Anito?

ANITO.—Misía Lalla, ya lo averigüé; no es Chúo Gil. Es un extranjero que acaba de llegar. Es un extranjero, y la mujer es su hija.

(*Silencio. Todas se miran a las caras.*)

LALLA.—No sirves para nada, Anito, ni para averiguar una tontería. No es un extranjero, es Chúo Gil. Averigua bien y verás que tengo la razón. Es Chúo Gil que ha vuelto al pueblo a lograr lo que no había logrado. Yo lo sé. Yo lo sabía hace tiempo.

(*Sale Lalla.*)

LIVIA.—Qué rara se ha puesto; es como si esta noticia la tocara muy directamente. ¿Qué la pasa a Mamá Lalla?

BEGA.—(*Sigilosamente.*) Ten discreción, niña. No se le

puede nombrar ese hombre a Lalla. Fue su novio y la dejó plantada cuando se fue.

LIVIA.—¿Eso fue antes de conocer a mi tío?

(*Salen ambas.*)

MOCHA.—Antes de conocer a su tío. Y las gentes dicen que se casó con su tío por despecho. Y, a pesar de todo, lo que más le gusta en Juancho es que Juancho haga cosas que recuerden las de Chúo Gil.

(*Con las palabras finales sale lentamente la Mocha arrastrando las telas de tejer.*)

CUARTO TIEMPO

La noche del segundo día. Entra Juancho en la penumbra, cautelosamente. Livia lo aguarda semioculta.

LIVIA.—Juancho.

JUANCHO.—(*Con sobresalto.*) ¿Qué haces tú aquí?

LIVIA.—Necesito hablarte. En el día no puedo porque casi no paras en la casa y además apenas me diriges la palabra. He tenido que estar aquí esperándote, escondida, mientras la noche se iba haciendo más callada y más grande en el pueblo.

JUANCHO.—¿Estás loca? Cómo se te ocurre esperarme aquí a estas horas. Si nos oye mamá y se levanta, ¿te das cuenta de lo que pasaría?

LIVIA.—Tengo que hablarte y no puedo hacerlo de otra manera. ¿Qué quieres que haga?

JUANCHO.—Livia, vete a tu cuarto a dormir y déjame en paz.

LIVIA.—Tan fácil que te resulta ahora decirme: «vete a tu cuarto a dormir y déjame en paz». Te estorbo, te canso, pero antes eras tú quien me suplicabas que dejara abierta la puerta para meterte de noche en la alcoba. Esa es mi gran culpa: haberte oído, haberte hecho caso, haberte querido.

JUANCHO.—¿Qué quieres? Quieres que se amotine la casa y que mamá y tía Bega salgan y se enteren de todo. Si eso es lo que quieres, no importa, estoy dispuesto a complacerte. ¿Quieres que llame?

LIVIA.—No quiero nada. Menos quiero escándalos. Si no

quieres oírme y hablarme me iré y te dejaré en paz. Puedes estar seguro de que no te molestaré más.

JUANCHO.—(Con impertinencia.) Está bién, te oiré. Habla.

LIVIA.—Desde ayer, que llegaron, has estado constantemente metido con esa gente en la Gilerá. Ya casi no estás en esta casa. ¿Qué es lo que tanto te interesa allí?

JUANCHO.—Son gente simpática. Los ayudo en lo que puedo, y, además, no soy yo, son ellos los que no me dejan irme y me están llamando y reteniendo constantemente.

LIVIA.—¿El hombre o la mujer?

JUANCHO.—Los dos. Les gusta hablar conmigo. Son extranjeros, pero hablan perfectamente nuestra lengua, y preguntan mucho. Están todo el tiempo preguntando cosas del pueblo. Todo les parece raro y curioso.

LIVIA.—¿No tiene celos ese hombre de que esa mujer se interese tanto por ti?

JUANCHO.—¿Por qué va a tener celos? Además, es su hija.

LIVIA.—Tú también te has tragado eso de que es su hija.

JUANCHO.—No me he tragado nada. Es un señor extranjero con su hija, eso es todo. Y conversan conmigo. Y, además, a mí me gusta conversar con ellos.

LIVIA.—¿Con ella?

JUANCHO.—Con ellos. Son gentes con las que se puede hablar largo rato. Saben muchas cosas, conocen mundo y saben hablar de un modo que no cansa.

LIVIA.—¿De qué te habla ella?

JUANCHO.—Te he dicho ya que de muchas cosas.

LIVIA.—Te hablará seguramente mal de este pueblo y de la gente sin interés que aquí vive.

JUANCHO.—Te equivocas. Les gusta el pueblo, lo encuentran bonito y pintoresco. Esta tarde me dijo ella que había empezado a comprender que debía haber cierto encanto en pasar la vida en un lugar tan bello y tranquilo como éste.

LIVIA.—¿Contigo o con el hombre que la trajo?

JUANCHO.—No me dijo nada de eso, y si me lo hubiera dicho yo tampoco te lo contaría a ti.

LIVIA.—Juancho, ese hombre no es un extranjero, ni esa mujer es su hija.

JUANCHO.—¿No? ¿Quiénes son entonces?

LIVIA.—El es Chúo Gil, que después de muchos años vuelve al pueblo con malos propósitos, y ella es su querida.

JUANCHO.—(Interrumpiéndola.) Sabes mucho más que yo, entonces. ¿Qué otro disparate me quieres decir?

LIVIA.—Han venido a engañar y tú has sido el primer engañado.

JUANCHO.—Solamente a ti se te puede ocurrir semejante absurdo. Ese señor ni es ningún Gil, ni nunca ha tenido nada que ver con este pueblo, y ella es su hija, y además pronto se irán de aquí.

LIVIA.—Te digo que es Chúo Gil.

JUANCHO.—¿Lo conoces tú? ¿Lo has visto? ¿Has hablado con él?

LIVIA.—Lo conoce Mamá Lalla.

JUANCHO.—¿Qué tienes que meter a mi madre en esto?

LIVIA.—¿Puedes dudar de que tu madre conoce a Chúo Gil?

JUANCHO.—¿Qué tiene que ver mi madre con esto?

LIVIA.—Ella sabe que es Chúo Gil. El no la puede engañar. Te puede engañar a ti y a los demás, pero no a ella.

JUANCHO.—¿Qué quieres insinuar?

LIVIA.—Hace más de veinte años Chúo Gil se fue de este pueblo y dejó plantada a tu madre. Ella lo quería como yo te quiero a ti, y él se portó con ella como tú te estás portando conmigo.

JUANCHO.—No te compares con mi madre. ¿Qué tiene ella que ver con ese hombre?

LIVIA.—Lo mismo que tengo yo que ver contigo.

JUANCHO.—¿Te atreves a decir que mi madre no fue una mujer honrada?

LIVIA.—Eres tú el que te atreves a decir que yo no soy una mujer honrada.

JUANCHO.—No sigas hablando de mi madre.

LIVIA.—Ella quiso a ese hombre como yo te he querido a ti. Y por eso la pudo engañar, como tú me quieres engañar a mí. ¿No me has engañado a mí? El no la quiso y tú tampoco me quisiste. No hiciste sino engañarme con tus mentiras, para que te dejara entrar por la noche en mi cuarto. Si tú pudieras saber lo que eso fue para mí, darme a ti escondida, esperando que a cada momento alguien nos iba a sorprender como dos ladrones. Pero eras tú quien lo quería, quien me obli-

gaba a aceptarlo. Ya no quiero ni recordar las cosas que decías.
(*Juancho guarda silencio.*)

LIVIA.—Decías, Juancho, acuérdate: «Tienes que darme la verdadera prueba de que me quieres. No con palabras, no con miradas, sino con hechos valientes». Decías: «Si eres mía, no esperes más y date a mí». Y yo te oía temblando. Pensaba que un día me entregaría a ti, pero sin ocultarme. Mi mano en tu mano, diciendo delante de la gente y delante de Dios: «Este es mi hombre y a él me doy por la vida.» Pero tú lo que querías era otra cosa, entrar como un hurón en la noche en mi alcoba para convertir el acto más pleno de la vida humana en un crimen. Hacer conmigo lo que Chúo Gil hizo con tu madre.

JUANCHO.—(*Se acerca violentamente a Livia y la coge con furia de los brazos.*) No ofendas a mi madre comparándola contigo. Ella no es así. Ella no ha sido nunca así...

LIVIA.—(*Tratando de soltarse.*) Suéltame, que me haces daño. Suéltame.

JUANCHO.—(*Soltándola.*) ¡Atrevida! He debido romperte la boca.

LIVIA.—Yo no conocía a ese Chúo Gil que detesta tu madre, pero él debe ser como tú.

JUANCHO.—No te quiero. Nunca creí que hubiera tanta maldad en ti.

LIVIA.—Ahora, de repente, siento el pudor de estar ante un desconocido. Un hombre al que no conozco, al que no quiero conocer. Yo estaba aquí esperando ansiosamente al hombre que quería, y en lugar de él ha entrado una bestia cruel. El hombre que yo quería era distinto. Era rudo pero bueno, brusco pero noble, violento pero tierno; pero este repulsivo desconocido que está ahora delante de mí escupiendo injurias no me inspira sino horror. ¿Qué me importa Chúo Gil ni la mujer que trajo? Ni el extranjero ni su hija. Lo que me importaba era otra cosa. Estaba esperando al hombre que quería para decirle a él lo que no podía decirle sino a él.

JUANCHO.—(*Sorprendido.*) ¿Para qué me esperabas, entonces?

LIVIA.—Ahora no tengo a nadie a quien decírselo.

JUANCHO.—¿Qué me quieres decir, Livia?

(*Pausa.*)

LIVIA.—No importa que lo sepas. Se lo puedo decir a un desconocido, puesto que algún día todos los desconocidos lo van a saber. Un día todos van a poder decir: «Livia tuvo un hijo». «El hijo de Livia no tiene padre». (*Sale sollozando.*)

QUINTO TIEMPO

La noche del tercer día. Penumbras. Aparece la Mocha dormida en una mecedora.

MOCHA.—(*Hablando como en sueños.*) ¿Por qué me han traído a la Gilera? ¿Qué hago yo en esta casa endiablada donde no quería entrar? Allí viene el espanto de don José Victorio arrastrando una cadena de oro tan grande como su avaricia. Don José Victorio, por vida suya, yo no busco su entierro. Yo no entré aquí a buscarlo. Allá viene la niña Luz. La gran cola de su traje de novia parece el camino de harina que camina la luna llena. Yo no he venido a buscar los pasteles de la boda, ni los caramelos, ni el carato. La niña Luz camina con su traje, que no cabía en la urna, ni en la casa, ni en la calle. Yo no quiero saber si te envenenaste, niña Luz. Yo no quiero averiguar las vidas ajenas. Y allí está también don Ataurico, ante la puerta del cuarto en que murió su hijo. No quiere dejar entrar a nadie. Yo no voy a entrar, don Ataurico. Yo no he querido entrar aquí. Yo lo que quiero es irme. Allí está como un árbol frente a la puerta. Como un árbol sin hojas frente a la puerta del cuarto donde su hijo se muere de mengua. Yo no quiero entrar, don Ataurico. ¿Quién soy yo para querer entrar? Yo no soy sino la pobre Mocha, una pobre mujer que no tiene sino los ojos para llorar y la boca para lamentarse. ¿Por qué me mira de esa manera, don Pedro Mártir? Yo no he dicho nada de que usted abusó de su sobrina. Ni he dicho que ella pariera mureielagos. Yo no los he visto. Yo no puedo decirlo. ¿Quién soltó todos estos muertos de la Gilera sobre el pueblo, Dios mío? ¿Quién echó esta maldición para que los muertos salieran a perseguirnos y no dejarnos en paz? Si es Anito el Pavoso el que toca la puerta, no hay que abrirle. Yo sé que estás ahí, agazapado detrás de la celosía, echando por tus ojos turbios esa

agua sucia de la mala sombra que tuerce y marchita todo. Yo sé que estás ahí, pero no te abriré. Le diré a don José Victorio que te amarre con su cadena de oro y te lleve. Te pasará dos vueltas por el pescuezo y sacarás una lengua tan larga y tan gruesa que parecerá la lengua de un novillo muerto, colgada del gancho de la pesa.

(*Aparece la sombra de Misia Lalla.*)

LALLA. ¿Quiénes son todos éstos que llenan la noche?

MOCHA.—Son los muertos de la Gilera, que se han soltado sobre el pueblo y quieren acabar con nosotros. ¿No ve, Misia Lalla, no ve a don Ataurico parado en la puerta cerrada del cuarto de su hijo, que la señala con la mano como amenazándola?

LALLA.—¿Por qué me amenaza don Ataurico Gil? No, no es verdad. No soy yo la que tengo encerrado a su hijo en el cuarto y la que lo ha puesto a él frente a la puerta sin poder moverse. ¿Qué dice, Mocha, que no oigo?

MOCHA.—El que habla no es él. Es aquel otro que va allá. ¿No lo ve? Es don Pedro Mártir, apersogado con su sobrina.

LALLA.—No lo veo. No oigo. ¿Qué dice Don Pedro Mártir Gil?

MOCHA.—Oiga, Misia Lalla. Dice que es usted quien lo tiene apersogado a su sobrina. Que cada vez que usted habla y lo nombra el lazo que los une se aprieta más y no le deja salir sino un hilo de respiro. Se está acercando a usted.

LALLA.—(*Se repliega con miedo.*) Detenlo. No dejes que me alcance. Pedro Mártir, no soy yo quien te amarra. Eres tú quien te amarraste en vida. No soy yo quien te puede soltar.

MOCHA.—Don José Victorio dice que entre el pueblo de los vivos y el pueblo de los muertos hay otro pueblo donde los muertos y los vivos se reúnen sin verse. Y donde nacen otros amores y otros odios y otros crímenes que no terminan. Que en ese pueblo de entre los muertos y los vivos ha cometido usted más crímenes que los que ha cometido en el pueblo de los vivos. Que van a vengarse de usted, Misia Lalla. Que ellos llevan la cuenta de todos los niños muertos sin nacer que usted ha matado, de todas las que usted ha hecho viudas antes de casarse, de todas las mujeres a quienes usted ha arrebatado sus maridos sin atreverse a acostarse con ellos. El dice...

LALLA.—(*Interrumpiéndola.*) Cállate, Mocha. Todo esto

no son los muertos que vienen al pueblo, sino el plan de Chuo Gil para acabar con el pueblo. El es el que ha vuelto. El es el que ha soltado sus odios y sus muertos como perros para acabar con nosotros. El es el que ha venido y sabe que yo lo he reconocido y lo he descubierto. No me va a vencer con sus muertos ni con sus vivos. Tú eres el que estás detrás de todo esto, Chuo Gil, y te conozco.

MOCHA.—Don José Victorio dice que usted los atormenta, Misia Lalla, porque tiene celos de Chuo Gil. Que usted tiene hambre y sed del hombre que se le fue. Que usted está llena de Chuo Gil sin haberlo tenido y lo busca y lo tortura y lo persigue en los recuerdos de todos. Que usted se turba cuando lo oye nombrar y se enardece y se enciende y le sube arriba toda la sangre mala que le brotó cuando él se fue sin decirle nada y la dejó esperando.

(*Aparece Livia.*)

LIVIA.—Todo está lleno de flores para anunciar el nacimiento del niño. Todas estas amables personas han venido a traer sus congratulaciones y sus parabienes. El niño estará dormido en una cuna azul en medio del cuarto. Todo el pueblo va a venir y todos dirán: «No se ha visto un niño más bello. Va a ser un hombre bueno y recto». Todos van a querer saber su nombre, pero yo no se lo voy a decir. Yo les voy a decir: «Es mi hijo. ¿Qué más quieren saber? Es mi hijo y no tiene nombre. Tampoco tiene padre». Si mi hijo no tiene padre, ¿a quién se irá a parecer? ¿Y de quién podrá conocer el camino de ser hombre? Tendrá que quedarse para siempre en esa cuna que flota en el aire y que nadie ve. Que nadie podrá ver. Que no podré dejar ver de nadie.

(*Aparece Bega.*)

BEGA.—¿Con quién hablas, hija? Veo tanta gente como si se celebrara una boda o un nacimiento.

LIVIA.—No, mamá, no habrá boda y tampoco habrá nacimiento.

BEGA.—¿Y eso que se divisa allí en el medio, no es la cuna de un niño?

LIVIA.—No, te engañas. No se ve nada.

BEGA.—¿No ves esa cuna allí en el medio, Lalla?

LALLA.—Veo muchas caras y mucha gente, pero no veo la cuna.

LIVIA.—No hay cuna, te engañas. No la va a haber. No la podrá haber.

BEGA.—Será entonces un catafalco que han levantado para una misa de difuntos.

MOCHA.—Es muy pequeño para ser un catafalco. Y además no es negro.

LALLA.—No veo nada de lo que dices. Veo, en cambio, otras cosas que tú no ves, pero no veo tampoco a Chúo Gil, que es el que ha traído todo esto para torturarnos y perdernos. *(Aparece Juancho.)*

JUANCHO.—¿Para qué se han reunido todos aquí? ¿Para acusarme? ¿Para obligarme a que me case contigo, Livia? No me casaré. No me quedaré. No podrás hacer nada, Livia, para obligarme a quedarme contigo. No creo en tu niño y no quiero tu niño. Ese niño me lo quieres poner como un grillete en los pies, para que no pueda moverme, para que no pueda salir. No me lo vas a poner. Voy a salir, voy a irme. Ya tú no me puedes dar nada. Ella, en cambio, tiene todo lo que yo deseo, lo que yo necesito. Puedes reunirles a todos, los muertos y los vivos, y no me detendrán. Ya no tengo nada que hacer aquí. Ya no estoy aquí. Ya soy de ella y estoy con ella en otra parte. ¿Me oyes, Livia? ¿Me oyes, tía Bega? ¿Me oyes, mamá?

LALLA.—Te oigo y te miro. Y miro cómo todos tiemblan al oírte. Eres tú el que va a salvarnos. Eres tú el que va a hacer lo que hay que hacer. Eres tú el que va a desbaratarlos y a vengarnos.

JUANCHO.—Allí está esperándome. La veo. Me llama. Me voy con ella, porque no podría vivir sin ella. *(Sale.)*

MOCHA.—*(Grita como despertando de una pesadilla.)* ¿Para dónde se ha ido el niño Juancho? ¿Para dónde se lo han llevado todos los muertos y los vivos de la Gilera? ¿Dónde nos vamos a esconder para que no nos alcancen? Vamos a rezar la oración del Justo Juez, y la del Anima Sola, y la de la Noche de Difuntos, y la del Santo Diácono, y la del Niño Mártir, y la de la Medalla Milagrosa, y la del Bendito Tránsito, y la de los Arcángeles Servidores, y la del Conjuro de San Zacarías... *(Mientras habla se va quedando a oscuras la escena.)*

SEXTO TIEMPO

La mañana del cuarto día. Juancho entra de la calle, inquieto y apresurado. Cierra la puerta y se asoma a la celosía con avidez. No ha notado a su madre, que está en un sillón.

LALLA.—¿Qué quieres ver que acabas de entrar de la calle y te pegas de la celosía para mirar?

JUANCHO.—*(Sorprendido.)* ¿Tú estabas aquí? No te vi al entrar.

LALLA.—¿Qué miras con tanto interés, hijo?

JUANCHO.—*(Turbado.)* Nada, mamá, la calle. Me asomé un momento sin saber por qué.

LALLA.—¿Por qué mirabas del lado de la Gilera?

JUANCHO.—No sé. Me asomé sin darme cuenta. A veces uno está como distraído.

LALLA.—No estás distraído, Juancho. Estás, por el contrario, muy interesado en algo. Miras por esa ventana como si buscaras a alguien que no puedes dejar de ver ni un momento.

JUANCHO.—*(Cansadamente.)* Tal vez.

LALLA.—¿Vienes de la Gilera?

JUANCHO.—Sí.

LALLA.—¿Qué hacías allí?

JUANCHO.—Conversar.

LALLA.—¿Con quiénes?

JUANCHO.—Con ellos.

LALLA.—Todo el día estás en esa casa. No sales de ella. Mañana y tarde estás metido allí.

JUANCHO.—A veces, nada más.

LALLA.—Todo el tiempo. Ya no vas a ninguna otra parte. ¿De qué hablas tanto con ellos?

JUANCHO.—El es un hombre muy interesante, un extranjero que ha viajado mucho y que sabe muchas cosas. Se pone uno a oírlo hablar y se le pasan las horas sin darse cuenta. Ha estado en todas las grandes ciudades. Ha navegado en los trasatlánticos alrededor del mundo. Ha atravesado los continentes en los grandes aviones de línea. Ha vivido en Alemania, en Africa del Sur, en Bélgica, en las Filipinas, en Nueva

York. Habla de enormes cantidades de dinero de un modo curioso, como sin darles importancia.

LALLA.—¿Y ella?

JUANCHO.—(Turbado.) ¿Ella? Es su hija.

LALLA.—¿Cómo lo sabes?

JUANCHO.—(Con disgusto.) Pues porque me lo ha dicho.

LALLA.—¿Te gusta esa mujer?

JUANCHO.—Es bonita y es distinta. No se parece a nadie. Ni su voz, ni su manera de hablar, ni su modo de caminar, ni su manera de vestirse, ni de sentarse, ni sus trajes, se parecen a nada ni a nadie que yo haya conocido.

LALLA.—¿No te ha dicho quién es su madre?

JUANCHO.—Su madre ha muerto hace mucho tiempo, y ella acompaña a su padre a todas partes.

LALLA.—¿Te parece que se tratan como padre e hija?

JUANCHO.—¿Y de qué otro modo se podían tratar?

LALLA.—Como hombre y mujer.

JUANCHO.—¿Qué dices? No puede ser. Él es su padre.

LALLA.—Te engañas y te engañan; no es su hija, es su querida. Es una mujer que trae para engañar incautos.

JUANCHO.—Estás loca. ¿Para qué tendrían que fingir todo eso? ¿Para engañarme a mí?

LALLA.—Tal vez a ti no, pero sí a otros a quienes les interesa engañar.

JUANCHO.—Estás absolutamente equivocada.

LALLA.—Sé la verdad y te la digo. Ese hombre no es ningún extranjero, es Chúo Gil que ha vuelto después de muchos años con una manceba, para conseguir algo aquí en este pueblo que nunca quiso, y que será, seguramente, en mal de todos.

JUANCHO.—Te digo que es un extranjero.

LALLA.—Tiene tantos años viviendo en el extranjero que no le es difícil hacerse pasar por un extranjero.

JUANCHO.—¿Y qué interés tendría en venir aquí con toda esa conspiración que tú imaginas?

LALLA.—Conseguir algo que le interesa y nada más.

JUANCHO.—Te voy a probar que te equivocas. No vino aquí sino a hacer una fijación astronómica para un estudio, y ya ha terminado. No se va a quedar en el pueblo.

LALLA.—Es Chúo Gil y te sigue engañando.

JUANCHO.—Se van a ir muy pronto. Y les doy la razón.

LALLA.—¿Cómo que les das la razón? ¿Qué quieres decir con eso?

JUANCHO.—Que se van a ir de este espantoso pueblo, donde no pasa nada, donde la gente día tras día madura como los mangos en su rama, para caer al final en el hueco del cementerio. Donde todos están fastidiados de todos. Donde nunca ha habido una noche que no sea igual a las otras, ni un día que no sea igual a los otros. Ellos, en cambio, pertenecen a un mundo distinto. Al mundo verdadero. Se van a ir para otros lugares, para otros seres, donde van a encontrar a las gentes que valen y que significan, las gentes que tienen vidas interesantes y variadas. Los poderosos, los ricos, los sabios, los artistas y las mujeres más hermosas y librés, que no tienen temor de los hombres ni de la vida. Para entrar a ese mundo hay que salir de este pueblo.

LALLA.—Todas esas eran las ideas de Chúo Gil. Era lo mismo que él decía hace muchos años, cuando todavía vivía en el pueblo. Es él quien te las ha metido.

JUANCHO.—No es él ni es nadie; es que todo el que no quiere vegetar y morir como una raíz metida en una grieta del suelo, tiene que asomarse un día a ese otro mundo verdadero que parece vislumbrar y oler desde lejos. Ya yo me he asomado a ese mundo y no puedo resignarme a vivir en éste.

LALLA.—Este es tu verdadero mundo, Juancho. Esta es tu casa. Esta es tu gente. Y con nosotros debes salvarte o perderte.

JUANCHO.—Perderme, querrás decir tú. Perder mi vida en esta cueva, como la has perdido tú, como la ha perdido mamá Bega. Como la han perdido todos.

LALLA.—Eso te lo ha metido en la cabeza Chúo Gil. Me parece oírlo. Estás hablando como él. Lo mismo que si fueras él. ¿Te parece que la vida de Chúo Gil ha sido mejor que la nuestra? ¿Te parece que rodar por el mundo como una piedra sin nombre, dando tumbos, es una vida envidiable? ¿Te parece que regresar a su pueblo viejo y desconocido, con una manceba escandalosa, para cometer un último engaño, es la coronación de una vida deseable?

JUANCHO.—¿Qué tiene eso que ver con lo que estoy hablando? ¿Qué tiene que ver ese Chúo Gil de los demonios,

que tienes metido en la cabeza, con estas gentes, que han sido tan buenas conmigo?

LALLA.—¿Han sido buenas contigo?

JUANCHO.—Mucho y muy amables. Si vieras las largas conversaciones que tenemos. El padre y la hija me tratan como un señor y se interesan por mí. Ellos dicen que yo podría servir para muchas cosas, que tengo condiciones para abrirme paso en otro medio, y que sería una lástima que me quedara metido aquí para el resto de mi vida.

LALLA.—Ellos dicen eso. Son amables, ¿verdad? Te engañan y juegan contigo y tienes la tontería suficiente para que te sigan pareciendo buenos.

JUANCHO.—Se interesan por mí. ¿Qué tengo yo para que se interesen por mí? El señor quiere ayudarme, dice que podría conseguirme colocación con sus asociados, que podría irme con ellos, que tendrían mucho gusto en llevarme en su compañía. Ella dice que en poco tiempo yo podría tener mucho éxito. Ella dice que para un hombre joven como yo hay ahora magníficas oportunidades. Ella dice que no debo dejar perder esta ocasión. Ella me ha dicho...

LALLA.—Ella te ha dicho todas las tonterías que se le dicen a un tonto para engañarlo fácilmente... Porque eres un tonto. Ahora lo veo claro y me convenzo.

JUANCHO.—¿Por qué me dices eso?

LALLA.—Te lo voy a decir. Tú eras el hombre de esta casa. Tú eras el hombre de todas las mujeres de esta casa. Yo te parí y te crié con un orgullo que no puedes imaginar. Todos los que habían sido los hombres de la casa no eran ya sino recuerdos. Murió tu padre, murieron tus tíos. Vino Bega, viuda, a arrimarse con su hija. Tú eras el único tronco de árbol que iba a crecer en la tierra abandonada de esta casa. Tú ibas a recoger todo lo de ellos, a hacer todo lo de ellos, a completar y mejorar todo lo que ellos fueron y empezaron. Todo lo que en ti señalaba al hombre me entusiasmaba y cegaba aunque fuera bárbaro o brutal. Cualquier delicadeza que te viera me parecía que te frustraba. Quería que tuvieras servidores, pero no quería que sirvieras. Quería que tuvieras mujeres, pero no quería que te enamoraras. Me gustaba verte golpear y maltratar a los demás, porque así eras todo lo que yo soñaba que fueras y que yo no podía ser ni nadie en esta

casa sin hombre. El hombre de esta casa y el hombre de este pueblo que se ha quedado sin hombre. Cuando volvió Chuo Gil a la Gilera...

JUANCHO.—Te digo que no es ningún Chuo Gil.

LALLA.—Cuando volvió Chuo Gil a la Gilera yo sentí miedo por el pueblo, porque sentía miedo por ti. Era uno malo que había vuelto a hacer maldades y era el momento de tu prueba. El momento que yo tanto había esperado y temido.

JUANCHO.—De modo que si fuera ese Chuo Gil que dices mi deber consistía en buscarlo y matarlo, como un gallo que se mata con el otro en la gallera, porque su destino es matar al otro.

LALLA.—Tu deber era no tener hombre por encima de ti. Cuando llegó Chuo Gil con su manceba pensé que venía un gran peligro. Iba a realizar al fin su ambición de dominio. Ibamos a tener a los Gil encima. Pero pensé que tú eras el que le desbarataría sus planes. La mujer que traía como una culebra armada para abrirle el camino iba a perderla. Se la ibas a arrebatarse tú. Pero no ha sido así. Estaba yo engañada. No eres tú quien lo ha vencido, sino, por el contrario, el primero que ha caído en sus manos. Es Chuo Gil quien te ha vencido, quien te ha tomado prisionero, quien te ha puesto bajo su voluntad y a su merced. Ha sido Chuo Gil quien me deshizo el hombre que yo había hecho.

JUANCHO.—Te digo que no es Chuo Gil ni le importa un bledo; es un extranjero que ha venido de paso y que se va, y que se ha interesado por mí. Y si fuera tu Chuo Gil, vamos a admitirlo, tampoco tendría yo ningún reparo en mirarlo como un amigo que se interesa por mí. No eres tú quien se interesa por mí como hombre, son ellos los que me miran como un ser humano. Por ti me quedaría como un chivato cerril encerrado en su corral, balando y escarbando. Son ellos los que me consideran como un hombre.

LALLA.—Estás perdido. Te han perdido. Todo el odio y el horror que he tenido en la sangre por esa casa y por esa gente, me estaba dado como anuncio de esta gran desgracia que hoy me llega. Ver a mi hijo deshecho y dominado. Vencido y dominado. Vencido y dominado por ellos.

JUANCHO.—No estoy vencido por nadie. Hago lo que quiero. Y lo que quiero no es otra cosa que vivir. Quien me quiere

dominar eres tú, quien me quiere vencer eres tú, quien me quiere hacer un juguete de tus odios, de tus caprichos, de tus delirios, eres tú y más nadie. Yo lo que quiero es vivir verdaderamente. Salirme de este medio estrecho. Ser un hombre que signifique algo. Ver el mundo. Ganarme un lugar en el mundo. Y son ellos los que quieren ayudarme a lograrlo.

LALLA.—Estás engañado, no sabes lo que dices ni lo que haces. Tu sitio está aquí. Es aquí donde debes llenar tu vida.

JUANCHO.—No. No es cierto. Al través de ellos me he dado cuenta de que el mundo es otra cosa de lo que aquí había conocido. Es algo mucho más rico y refinado, y variado, y bello, y grato y deslumbrador que lo que hasta ahora he visto y conocido. Una mujer como ella es otra cosa distinta de las mujeres que hasta ahora he visto. Un hombre como él no se parece a los hombres del pueblo. Son otra cosa, mejor y más deseable.

LALLA.—Chúo Gil y su mujer te han metido eso en la cabeza.

JUANCHO.—Ahora que sé que exist'e eso otro, quiero conocerlo y alcanzarlo. Me sentiría infeliz si tuviera que quedarme aquí para siempre, entre todas estas gentes, que para mí no tienen ningún misterio ni ninguna esperanza.

LALLA.—Eres Chúo Gil en persona hablando. Es él quien habla. Es horrible.

JUANCHO.—Horrible es quedarse aquí clavado, a pudrirse. Yo quiero conocer el mundo, salir y ser un hombre en el mundo.

LALLA.—Es Chúo Gil el que habla por tu boca.

(*Entra la Mocha, atraída por las voces.*)

MOCHA.—Benditas ánimas, ¿qué pasa?

LALLA.—Es Chúo Gil que nos odia, que quiere acabar con nosotros, que ha venido a revolverlo y a destruirlo todo y ha acabado con mi hijo y está ahora aquí diciendo las mismas cosas horribles que dijo y que hizo cuando de joven el pueblo tuvo la desgracia de albergarlo.

MOCHA.—Es Juancho, Misia Lalla.

LALLA.—No, es Chúo Gil. Es el espíritu de Chúo Gil, es el habla de Chúo Gil; no es mi hijo; es él que se ha atrevido a llegar hasta aquí.

JUANCHO.—Váyase, Mocha, y déjeme hablar con mi madre.

LALLA.—No se vaya. Quiero que vea, para que luego no digan que es mentira y que yo lo invento, cómo está endemoniado por el espíritu de Chúo Gil; cómo es Chúo Gil el que habla por su boca. ¿No es cierto que dices que en este pueblo no se vive?

JUANCHO.—Sí lo digo y lo seguiré diciendo.

LALLA.—¿No es verdad que te parecería horrible pasarte la vida entera entre las gentes que te han formado?

JUANCHO.—Sí me parece horrible. No quiero seguir encerrado aquí. Esto ya no es vida para mí.

LALLA.—¿Lo oyes, Mocha? Es Chúo Gil el que habla. Cuando supe que había vuelto al pueb'o sabía que una gran desgracia iba a ocurrir, pero ésta es más grande que todas las que podía yo esperar. Me ha quitado mi hijo. Lo tiene apersogado a esa mujer.

MOCHA.—Apersogado, como don Pedro Mártir Gil estuvo apersogado a su sobrina.

LALLA.—Ya no es mi hijo, es otro hombre que se ha parado frente a la puerta de la casa para no dejar que mi hijo entre y que yo lo vea. Es un hombre parado entre nosotros.

MOCHA.—Parado, como don Ataurico Gil en la puerta del cuarto de su hijo agonizante para no dejar entrar a nadie a socorrerlo.

LALLA.—Ya no puedo socorrerlo ni salvarlo; ya está atado a ellos, pegado a ellos, arrastrado por ellos, encadenado a ellos.

MOCHA.—Encadenado con la cadena de oro que tiene a don José Victorio encadenado por la eternidad a su tesoro enterrado.

JUANCHO.—¿Qué tengo yo que ver con todas esas visiones y delirios? Son ustedes las que están encadenadas, y paradas y perdidas. Yo no. Yo quiero salvarme y voy a salvarme.

LALLA.—Más hubiera valido, Mocha, que lo hubiera dejado enamorar a mi sobrina. Mejor hubiera sido que me hubiera resignado a verlo casado con Livia y tenerlos aquí, metidos en la casa, pariéndome nietos, sin ser hombre sino para la hora de acostarse con la paridora.

JUANCHO.—Eso no más faltaba, que ahora me arreglaras un casorio con Livia, para que todo quedara dentro de las cuatro paredes y nada cambiara en este orden que tú has

querido crear. Preferiría casarme con la Mocha y llevármela al monte.

MOCHA.—Jesús, niño.

(*Entra Bega llorosa y patética.*)

BEGA.—Pobre de mí. Pobre de mi hija, que ya no le quedan sino los ojos para llorar.

LALLA.—¿Qué dices?

BEGA.—Mi hija ha oído todo lo que decíais tú y Juancho y se ha puesto a llorar como una desesperada.

LALLA.—¿Y qué tiene ella que ver con esto?

BEGA.—Es tan horrible, Lalla, que no me atrevo a decírtelo. Yo misma no lo puedo creer.

LALLA.—Acaba de decirlo, mujer.

BEGA.—Me ha confesado que Juancho la enamoraba, que ella lo quería y que Juancho la ha deshonrado.

JUANCHO.—(*Con ira.*) ¿Y qué? Con alguien se iba a acostar y se acostó conmigo. ¿No era eso lo que tú querías, mamá, que fuera el macho que estabas formando?

LALLA.—¿Cómo puedes decir una cosa tan horrible?

BEGA.—Mi pobre hija, tu sobrina, Lalla, está deshonrada.

LALLA.—¿Cómo te has atrevido a cometer una falta tan grave bajo mi techo?

JUANCHO.—Ahora sí te parece una falta grave. Ahora sí gritas al unísono con mamá Bega y la Mocha, acusándome de un crimen para pedirme que haga la reparación debida. Has cambiado bastante. Tú y mamá Bega se han puesto de acuerdo para cogerme en esta trampa. Era el último recurso que les quedaba. Hacerme casar con Livia, que te parecía un horror hasta ayer, pero que hoy te parece bueno, con tal de que me clave y amarre aquí. Pero han fracasado, no me voy a casar con Livia, no me voy a quedar encerrado aquí. Voy a ser libre y voy a vivir mi vida.

LALLA.—Juancho, Juancho.

JUANCHO.—¿Por qué me llamas así? Si no soy Juancho, tú lo sabes; soy Chucho Gil. Soy Chucho Gil que se va a seguir su vida.

(*Sale con rapidez a la calle y tira la puerta. Todos guardan silencio. Bega lloriquea.*)

LALLA.—Ya lo sabes, Mocha. Ni una palabra de lo que ha pasado aquí. Ni una palabra. Que no se hable más de esto.

(*Se oye que llaman a la celosía. Lalla hace un gesto imperioso de silencio a las demás. La mano que llama se hace más insistente. Las mujeres se meten de puntillas hacia el interior.*)

LA VOZ DE ANITO EL PAVOSO, EN LA CELOSÍA.—Soy yo... Soy yo... Traigo noticias, Misia Lalla... Soy yo...

SEPTIMO TIEMPO

El anochecer del quinto día.

LIVIA y JUANCHO

LIVIA.—Espera un momento. No te vayas todavía.

JUANCHO.—Tengo que hacer. Me esperan y no puedo quedarme aquí simplemente porque tú tienes el capricho de que me quede.

LIVIA.—No es un capricho; es que yo sé que hoy es el día en que te vas a ir.

JUANCHO.—¿Quién te ha dicho eso?

LIVIA.—No necesito que me lo diga nadie para saberlo. Hace días que estoy esperando esta hora y sintiéndola venir. Ha llegado. Hoy es el día en que te vas.

JUANCHO.—No es cierto que me vaya.

LIVIA.—Yo sé que te vas. ¿Qué importa que tú lo niegues? Tienes que negarlo y decir hasta el último minuto que no es cierto que te vas, para que nadie lo sepa hasta que sea demasiado tarde para impedirlo.

JUANCHO.—¿Quién podría impedirme? Si me fuera no tendría por qué ocultarlo. Diría: «Me voy. Me voy, Livia. Me voy, mamá. Me voy, mujeres de esta casa, conversaciones de esta casa, fastidio de esta casa. Me voy, pueblo aburrido». Lo diría y ya está.

LIVIA.—No te atrevas a decirlo, pero yo sé que te vas hoy. Te vas con la extranjera y el mal hombre y abandonas la casa y los tuyos, como el que ha cometido un crimen. Ya es inútil que trates de engañarme.

JUANCHO.—Si todo lo sabes, ¿para qué me exasperas con preguntas? Si sabes tan bien que me voy ya, ahora, para qué te esfuerzas en detenerme, si nadie puede detenerme.

LIVIA.—¿Ves como lo estás confesando?

JUANCHO.—Livia, me iría solamente por salir de esta mañana

de sospechas y de acechanzas en que me tienen metido. No se puede vivir así. A la fuerza me tendré que ir, me tendré que ir, aunque no lo hubiera deseado. Tú y tu madre y mi madre y la casa me echan y me obligan a irme. Tendré que irme.

(Sale bruscamente.)

LIVIA.—*(Gritando.)* Se fue. Se fue y no vuelve. Nos ha dejado. Me ha dejado. Se fue Juancho. Se fue...

(Aparece la Mocha.)

MOCHA.—¿Qué pasa, niña?

LIVIA.—Se ha ido Juancho.

MOCHA.—Ya volverá.

LIVIA.—Esta vez no volverá.

MOCHA.—¿Quién le ha dicho eso?

LIVIA.—Me lo ha dicho él mismo. Hoy se va y me deja para siempre. ¿Te das cuenta, Mocha? ¿Qué va a ser de mí?

MOCHA.—No diga eso, niña; todos la queremos. No va a pasar nada. Todos estaremos con usted.

LIVIA.—Ya nadie puede salvarme. Ni que tú lo quisieras con todo tu corazón podríais hacer nada por mí, ni mi madre, ni siquiera mamá Lalla; ya nadie puede hacer nada por mí. Yo sentía que esto iba a llegar, que esto iba a ocurrir, pero pensaba que ese día estaba lejos todavía, y ahora me doy cuenta, con horror, de que ha llegado, de que ese día espantoso es hoy.

MOCHA.—Cálmese, niña, que la van a oír. Tenga fe, serénese, váyase tranquila a su cuarto. Den'ro de un momento yo iré a acompañarla. Ahora vienen las señoras. Váyase.

(Se va Livia, agitada, y se cruza con las señoras que entran.)

LALLA.—¿Qué le pasa a esta niña, que parece ir tan agitada?

BEGA.—Déjame ir a ver qué es.

LALLA.—No, ahora no. Déjala quieto a más bien. ¿Qué es lo que le pasa, Mocha?

MOCHA.—Está muy nerviosa la niña Livia, llora y suspira y se encierra en su cuarto. Algo va a pasar. Algo malo va a pasar.

BEGA.—Si yo pudiera me llevaría ahora mismo a mi hija. Si tuviera un lugar donde meternos...

LALLA.—¿Qué dices, mujer? ¿Por qué se van a ir? Están bien en mi casa y de aquí nadie las va a echar. Tú eres mi

hermana y Livia es como mi hija. Es aquí donde deben estar.

BEGA.—Ya no tendremos paz en esta casa; lo mejor es que nos marchemos de aquí. Ya todo el mal está hecho y nada podremos evitar. Hubiera podido evitarlo cuando resolvimos venir, pero ahora ya nada podemos hacer.

LALLA.—¿Qué es lo que no podemos hacer?

BEGA.—Impedir lo que ya pasó. Eso no lo puede hacer nadie. Ni tú, Lalla. Impedir que Livia se enamorara de Juancho, impedir que Juancho abusara de Livia, impedir que tú y tu hijo nos vieran con desprecio, impedir que tu hijo y tú se llenaran la cabeza con visiones y deseos de otras gentes. Lo que pasa es que yo tengo mi culpa y me cuesta trabajo confesarla. Tenía el deseo de que mi hija pudiera llegar a casarse con Juancho, y por eso no hice nada por impedirlo, y también tenía miedo de tu disgusto y de tu furia y de las consecuencias que iban a venir para nosotros.

MOCHA.—Los ojos de los pobres están llenos de ganas y de miedos.

LALLA.—Aquí se hará lo que se debe, y nada más. Livia y tú no se van a marchar de esta casa. Yo sé más de lo que los otros suponen y veo más de lo que parezco ver. Juancho volverá y se casará con Livia, porque así debe ser.

BEGA.—¿Y si no vuelve? ¿Y si no quiere casarse con mi hija, cómo puede nadie pensar en obligarlo?

LALLA.—Si vuelve se casará. Y si no vuelve, Livia se quedará en esta casa como mi hija, y si le nace un hijo...

BEGA.—¿Qué dices, Lalla?

LALLA.—Y si le nace un hijo será mi nieto y el heredero de nuestro nombre.

BEGA.—Todo eso que dices es muy generoso, pero no va a arreglar nada. Lo que ha pasado ya no tiene remedio. Se fue tejiendo una malla que nos enredó a todos y de la que no podemos zafarnos. Ya estamos enredadas y atrapadas.

MOCHA.—Es como si todos se hubieran puesto de acuerdo para hacer un mal. Todos los del pueblo, todos los de la casa, todos los vivos y hasta todos los muertos. Cuando eso pasa no hay manera de escapar. ¿Se acuerda de don Remigio?

LALLA.—¿Qué tiene eso que ver con esto?

MOCHA.—Sí tiene que ver. Se sacó la única hermana de los Labanes y los Labanes juraron que lo iban a matar. Y

don Remigio se encerraba en la casa, rodeado de espalderos y de perros bravos y se levantaba de noche sobresaltado al oír el más pequeño ruido. Cada día se encerraba en una habitación más retirada y más defendida. Hasta que por fin una madrugada lo mataron, encerrado en su cuarto, con todas las puertas cerradas. Lo mataron sus propios espalderos, los mismos que debían cuidarlo, comprados por los Labanes. Los que debían defenderlo lo mataron dentro de su propia casa.

BEGA.—Ya esto no tiene remedio. Malhaya sea la hora en que se me ocurrió acogerme a tu caridad y venirme a vivir contigo.

LALLA.—Has debido mirar más por tu hija. Has debido tratar de ver lo que pasaba ante tus ojos ciegos y ante tus oídos sordos. Otros, tal vez, lo vieron y no lo dijeron.

MOCHA.—Si es por mí que lo dice, sepa que no me gusta meterme en las vidas ajenas; de eso no vienen sino sinsabores y males. Yo lo que quiero es quedarme en paz en mi rincón. Si todo lo que viera fuera a decirlo, si todo lo que sospecho y adivino fuera a soltarlo, tendría esta casa prendida como un infierno. Por eso es mejor callar. Veo cosas y hago como que no las veo. Veo el sobresalto del niño Juancho y la niña Livia cuando los sorprendía apurruñados en el pasadizo, y hago como que no los veo. Oigo de noche el cuchicheo de sus voces asustadas detrás de la puerta cerrada del cuarto y me hago la que no oigo. Porque si me pongo a decir todo, nada hubiera evitado y me habría visto metida en un brollo más grande que todo el pueblo.

BEGA.—Malhaya la hora...

MOCHA.—Las mujeres tenemos la desgracia de llevar la desgracia.

LALLA.—No hay que lamentarse. Juancho volverá y se casará con Livia.

BEGA.—Las madres de hijas deben estar todo el tiempo prevenidas para el mal, al menor descuido pasa una desgracia irreparable. Detrás de las hijas está el diablo escondido esperando su momento.

LALLA.—Y detrás de los hijos también, y detrás de cada uno de nosotros, porque todos estamos rodeados de enemigos sin cuento y no puede uno cerrar los ojos un instante sin estar entregado a los enemigos.

MOCHA.—En lugar de hablar tanto deberían ponerse a rezar como cristianas.

(Hey un silencio. Se oye llamar a la celosía.)

VOZ DE ANITO.—Soy yo... ¿Está ahí Misia Lalla?

LALLA.—Abrele, Mocha.

MOCHA.—No le abra, que ya ha traído bastantes desgracias. ¿Quiere que traiga más a esta casa donde ya no queda alma sin pena?

LALLA.—Abre, te digo.

(La Mocha abre la puerta. Entra Anito el Pavoso, agitado, mira a las demás con recelo y se dirige a Lalla. Livia se asoma a oír sin que la vean.)

ANITO.—Es a usted, Misia Lalla, a quien tengo que decirle una cosa muy grande.

LALLA.—*(Con angustia.)* ¿Qué es? ¿Qué pasa? Habla, por vida tuya, delante de todos.

ANITO.—*(Con prosopopeya trágica.)* Juancho se fue con esa gente de la Gilera.

LALLA.—Se fue Juancho. Se lo llevaron.

ANITO.—Yo no hablé con él; lo único que hice fue verlo salir con ellos del pueblo. Se montaron en dos automóviles a la puerta de la Gilera. Iban el hombre viejo, la mujer, otro hombre y Juancho. *(Pausa.)*

(Livia se mete al interior. Todos se interrumpen de pronto y se vuelven hacia la puerta por donde salió Livia.)

LALLA.—Sigue, Anito.

ANITO.—La mujer llevaba un gran ramo de flores y todos conversaban y reían. Sin embargo...

BEGA.—Sin embargo, ¿qué?

ANITO.—Juancho parecía preocupado, no le quitaba los ojos a la mujer. Unos ojos fijos y secos... De repente un paquete que ella llevaba en la mano se le cayó, los dos se inclinaron al mismo tiempo a recogerlo y toparon las caras. El se quedó como asustado y ella se enderezó ligera arreglándose el pelo. Después se montaron todos en un automóvil y el otro los siguió vacío.

LALLA.—¿Nadie quedó en la casa?

ANITO.—No. Cerraron el portón y todo quedó como antes, cuando la Gilera estaba vacía.

BEGA.—¿Ves, Lalla, cómo se fue? Pobrecita mi hija. Voy a acompañar a Livia. *(Se levanta.)*

LALLA.—Espera, no te vayas.

MOCHA.—Yo la iré a acompañar mientras usted llega.

LALLA.—Cuidado con decirle nada de lo que has oído aquí...

MOCHA.—*(Saliendo.)* Todo lo que le pudiera decir ya ella lo sabe...

ANITO.—Cogieron por la calle del río, bajando. Yo los vi hasta que se perdieron al cruzar en la esquina del Samán. Y entonces fue cuando dije: «Vamos ligero, Anito, a casa de Misia Lalla a decirle todo esto, que ella tiene que saber antes que nadie. Ve, Anito, para que lo sepa por boca de gente amiga a quien le duele lo que le pase a ella, y no después, cuando le llegue por boca de alguna mala persona chismosa.» Yo los vi y dije: «Vamos ligero a casa de Misia Lalla...»

LALLA.—Gracias, Anito.

BEGA.—Ves, Lalla, ya no hay nada que hacer...

(Simultáneamente con estas últimas palabras entra desencajada y gritando la Mocha.)

MOCHA.—¡Qué desgracia tan grande! ¡Qué desgracia, Dios mío!

(Las mujeres se ponen en pie y se vuelven hacia ella. Anito se calla, asustado.)

BEGA.—Dime, ¿qué pasa?... ¿Qué es?... ¡Mi hija..., mi hija!...

(Corre Bega hacia dentro gritando.)

LALLA.—¿Qué fue?

MOCHA.—*(Con sollozos.)* La niña Livia está muerta... La encontré tendida en su cama como si estuviera dormida... Se había cerrado por dentro y me costó trabajo abrir la puerta... Nadie hubiera creído que estaba muerta... Se veía tan tranquila, tan bonita... La llamé, la sacudí: «Niña Livia... Niña Livia... ¿Qué es esto, Dios mío?...» Pero está muerta, Misia Lalla... Está muerta...

(Lalla sale rápida; la Mocha sigue, por un momento, como en un soliloquio que no se dirige a nadie.)

MOCHA.—¿Cómo se mató la niña Livia? Esto es un misterio muy grande... Si se mató... ¿Cómo pudo matarse de ese modo?... Yo nunca he visto una cosa igual, Dios mío...

(Mira a Anito un momento con mudo y concentrado odio. Anito siente la mirada y corre hacia la calle. Desde adentro se oyen las voces y los altos llantos de las mujeres. Se oscurece la escena como en el Quinto Tiempo y queda vacía. Surgen las tres voces unidas en coro, una de mujer madura, una de mujer joven y una de hombre, en un tono lento de salmodia o de rezo.)

LAS VOCES.—Se ha cortado el tiempo para que se oigan los aullidos de los perros que marcan la angustia y los cantos de los gallos desvelados que señalan las distancias. La niña está muerta en el último cuarto. En el más cerrado. En el más solitario. Le han encendido ya su vela del alma, que parpadea junto a sus ojos cerrados. Toda la casa está llena de presencias y toda la sombra está llena de presencia. Las paredes tiemblan con el calofrío de la muerte. Si pudiéramos oír lo que pasa en las mentes de los que están presentes y ausentes oiríamos como una monótona letanía en que apenas cambian los nombres, pero las palabras no cambian:

Fui yo, Lalla, la que tuvo la culpa, porque no quise que las cosas fueran como tenían que ser.

Fui yo, Bega, quien tuvo la culpa, porque no supe que las cosas fueran como tenían que ser.

Fui yo, Juancho, quien tuvo la culpa, porque hice que las cosas fueran como tenían que ser.

Fui yo, la Mocha, la que tuvo la culpa, porque no impedí que las cosas fueran lo que tenían que ser.

Las gentes dan vueltas como el sol y la luna, queriendo iluminar las culpas. La luna ilumina las culpas de los muertos y el sol ilumina las culpas de los vivos.

La niña está muerta en la última cámara. Ya nadie puede hacer nada por ella. ¿Ya acaso nadie puede hacer nada por ella? Pero en torno a su cuerpo tendido se mueven los vivos y los muertos y se teje y se desteje la vida.

(Se callan las voces. Se ilumina la escena. Entra la Mocha.)

UNA VOZ EN LA VENTANA.—¿Qué pasa? ¿Quién se ha muerto?

MOCHA.—Se murió la niña Livia.

LA VOZ.—Ave María. Voy a decírselo a los vecinos para que vengan.

(Entra Lalla.)

LALLA.—Mientras Bega y yo arreglamos y amortajamos a la niña, vete tú, Mocha, a la iglesia y a la Jefatura para preparar todo lo del entierro. Ya que no hay hombres en la casa, ocúpate tú de que le caven la fosa en mi terreno y escoge la mejor urna. Que todo sea lo mejor...

(Se mete Lalla al interior. La Mocha se pone el pañolón por la cabeza y sale a la calle, dejando la puerta abierta. Al rato aparecen algunas cabezas de curiosos que se asoman a escudriñar por la puerta. Algo después, apresuradamente, lleno de angustia, apartando a los curiosos, entra Juancho, busca con los ojos y penetra desordenadamente al interior.)

UN HOMBRE.—Ya ves. No era el niño Juancho el que había muerto.

UNA MUJER.—No. No es él. Es la niña Livia.

OTRA MUJER.—¿Qué sabes tú?

UNA MUJER.—Yo sé, porque me lo dijeron, que la niña Livia se había matado porque el niño Juancho la había abandonado y se iba con otra...

(Siseos que anuncian la entrada de Juancho y Lalla abrazados los hacen callar.)

JUANCHO.—¿Cómo es posible que haya pasado todo esto? ¿Quién ha hecho todo esto? Si yo no me iba a ir. Si yo no le he dicho a nadie que me iba a ir. ¿Cómo es posible que haya pasado esta desgracia? Yo no me iba. Todos ustedes sabían que yo no me iba. Yo no pensaba irme. Los que se iban eran ellos. Fui a despedirlos hasta el paso del río... Sin pensar que pudiera pasar todo este horror.

(Siguen entrando vecinos y vecinas con aire de duelo y se ponen en fila silenciosa, como cariátides, sobre la pared del fondo.)

LALLA.—Ten cuidado. Nos oyen.

(Juancho se detiene y mira hacia la fila de vecinos. Entra la Mocha, de regreso de la calle.)

MOCHA.—Volvió el niño Juancho. Yo sabía que iba a volver. ~~Todo está listo para el entierro. Será mañana por la mañana. El carpintero va a venir a tomar las medidas. ¿Puedo coger la sábana de matrimonio para hacerle la mortaja?~~

(Pasa la Mocha al interior.)

LALLA.—Todo ha terminado.

JUANCHO.—No ha terminado. No termina ni contigo, ni conmigo, ni siquiera con la pobre Livia muerta. Seguirá y se convertirá en otra cosa por obra de todos. *(Viendo a los vecinos.)* Sería necesario que todos callaran, que todos dejaran de mirar y de hablar. ¡Deténganse! *(Volviéndose hacia el público, en voz alta.)* ¡Deténganse! ¡No sigan!

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP